

291. Con la fortaleza, trabaja el ánimo, obra las virtudes y vence los vicios.

292. Tenga fortaleza en el corazón contra todas las cosas que le movieren a todo lo que no es Dios, y sea amigo de las pasiones de Cristo.

293. Alégrese ordinariamente en Dios que es su salud y mire que es bueno el padecer, de cualquier manera que sea, por el que es verdaderamente bueno.

294. Nunca, por bueno ni por malo, dejes de quietar tu corazón con entrañas de amor, para padecer todas las cosas que se ofrecieren.

295. No habemos de medir los trabajos a nosotros; mas nosotros a los trabajos.

296. Si supiesen las almas de cuánto provecho es el padecer y la mortificación para venir a altos bienes, en ninguna manera buscaran consuelo en cosa alguna.

297. Si un alma tiene más paciencia para sufrir y aun más provechoso que el gozar y hacer. Lo uno, porque en el padecer se le añaden al alma fuerzas de Dios; y en el hacer y gozar, ejercita el alma sus flaquezas e imperfecciones. Lo otro, porque en el padecer, se van ejercitando y ganando las virtudes, y purificando el alma, y haciendo más sabia y cauta.

299. El alma que no es tentada y ejercitada, y probada con tentaciones y trabajos, no puede arribar su sentido a la sabiduría; porque, como dice el Eclesiástico, el que no es tentado, ¿qué sabe?

300. El más puro padecer, trae y acarrea el más puro entender.

Modestia

301. Recogiendo el alma su gozo de las cosas sensibles, se restaura acerca de la distracción en que, por el demasiado ejercicio de los sentidos, ha caído. Recogiéndose en Dios, consérvanse y se aumenta el espíritu y virtudes que ha adquirido.

302. Así como el hombre que busca el gusto de las cosas sensuales y en ellas pone su gozo, no merece ni se le debe otro nombre que de sensual, animal y temporal; así cuando levanta el gozo de estas cosas sensibles, merece todos estos atributos de espiritual, celestial y divino.

303. Si un gozo niegas en las cosas sensibles, ciento tanto te dará el Señor en esta vida, espiritual y temporalmente. Como también por un gozo

que de esas cosas sensibles tengas, te nacerá ciento tanto de pesar y sinsabor.

304. El que no vive ya según el sentido, todas las operaciones de sus sentidos y potencias son enderezadas a divina contemplación.

305. Aunque los bienes sensibles se merezcan algún gozo cuando de ellos el hombre se aprovecha para ir a Dios, es tan incierto esto que, como vemos, comúnmente más se daña el hombre con ellos que se aprovecha.

306. Hasta que el hombre venga a tener tan habituado el sentido en la purgación del gozo sensible, de suerte que le envíen luego las cosas de Dios, tiene necesidad de negar su gozo acerca de ellas, para sacar al alma de la vida sensitiva.

Silencio

307. Una palabra habló el Padre, que fue su Hijo, y ésta habla siempre en eterno silencio, y en silencio ha de ser oída del alma.

308. Hable poco y en cosas que no es preguntado no se meta.

309. No se queje de nadie, no pregunte cosa alguna, y si fuere necesario preguntar, sea en pocas palabras.

310. No contradiga. En ninguna manera hable palabras que no vayan limpias.

311. Lo que hable sea de manera que nadie sea ofendido; y que sea en cosas que no le pueda pesar que lo sepan todos.

312. Traiga sosiego espiritual en advertencia amorosa de Dios; y cuando sea necesario hablar, sea con el mismo sosiego y paz.

313. Calle lo que Dios le diere. Y acuérdesse de aquel dicho de la Escritura: «Mi secreto para mí» (1).

314. Consideren cómo han de ser enemigos de sí mismos, y caminen por el santo rigor de perfección, y entiendan que cada palabra que habladen sin orden de la obediencia, se la pone Dios en cuenta.

315. Tratar con las gentes más de lo que puramente es necesario y la razón pide, a ninguno, por santo que fuese, le fue bien.

316. Es imposible ir aprovechando, si no es haciendo y padeciendo, todo envuelto en silencio.

317. Para aprovechar en las virtudes, lo que

(1) *Isai.*, XXIV, 16.

importa es callar y obrar; porque el hablar distrae, y el callar y obrar recoge.

318. Luego que la persona sabe lo que le han dicho para su aprovechamiento, ya no es menester andar pidiendo que le digan más, ni hablar más, sino obrarlo de veras con silencio y cuidado, en humildad y caridad y desprecio de sí.

319. Sobre todas las cosas es necesario y conveniente servir a Dios en silencio, así de apetitos como de lengua, porque sólo percibas hablas de amor.

320. Esto he entendido: que el alma que presto advierte en hablar y tratar, poco advertida está en Dios. Porque cuando lo está, luego con fuerza le tiran de adentro a callar y huir de cualquier conversación.

321. Más quiere Dios que el alma se goce con él, que con criatura alguna, por más aventajada que sea y por más al caso que le haga.

Humildad

322. Lo primero que ha de tener el alma para ir al conocimiento de Dios, es el conocimiento de sí propio.

323. Mucho se desmejora y menoscaba el

secreto de la conciencia, todas las veces que alguno manifiesta a los hombres el fruto de ella, porque entonces recibe por galardón el fruto de la fama transitoria.

324. El espíritu sabio de Dios, que mora en las almas humildes, las inclina a guardar en secreto sus tesoros, y echar fuera los males.

325. La perfección no consiste en las virtudes que el alma conoce en sí, mas consiste en las que nuestro Señor ve en el alma; la cual es carta cerrada, y así no tiene de qué presumir, mas está sospechosa acerca de sí.

326. Para enamorarse Dios del alma, no pone los ojos en su grandeza, más en la grandeza de su desprecio y humildad.

327. Si gloriarte quieres y no quieres parecer necio y loco, aparta de ti las cosas que no son tuyas, y de lo que queda habrás gloria; mas, por cierto, si todas las cosas que no son tuyas apartas, en nada serás tornado; pues de nada te debes gloriar, si no quieres caer en vanidad; mas descendamos ahora especialmente a los dones de aquellas gracias que hacen a los hombres graciosos y agradables delante de los ojos de Dios: cierto es que de aquellos dones no te debes gloriar, que aún no sabes si los tienes.

328. No se disculpe ni rehúse ser corregido de todos. Oiga con rostro sereno toda reprehensión; piense que se lo dice Dios.

329. Tenga por misericordia de Dios que alguna vez le digan alguna buena palabra, pues no merece ninguna.

330. No pares mucho ni poco en quien es contra ti, y siempre procura agradar a Dios. Pídele que se haga su voluntad. Amale mucho, que se lo debes.

331. Ama el no ser conocida de ti ni de los otros. Nunca mirar los bienes ni los males ajenos.

332. Tenga ordinaria memoria de la vida eterna, y que los más abatidos y pobres y que en menos se tienen, gozarán de más alto señorío y gloria de Dios.

333. La virtud no está en las aprensiones y sentimientos de Dios, por subidos que sean; ni en nada de lo que a este talle se puede sentir; sino por el contrario, en lo que no se siente en sí, y de todas sus cosas muy formado en el alma.

335. Todas las visiones, revelaciones y sentimientos del cielo, por más que las estime el espiritual, no valen tanto como el menor acto de humildad; la cual tiene los efectos de la caridad,

que no estima ni piensa bien de sus cosas, sino de las ajenas.

336. Cuando son las mercedes y comunicaciones del demonio, en las cosas de más valor pone facilidad y prontitud, y en las bajas y humildes repugnancia.

Vanidad

337. El alma que se enamora de mayorías y de otros tales oficios o de las libertades de su apetito, delante de Dios es tenida y tratada no como hijo libre, sino como persona baja y cautiva de sus pasiones.

338. Al alma que no es humilde, la engaña el demonio fácilmente haciéndola creer mil mentiras.

339. Muchos cristianos el día de hoy tienen algunas virtudes y obran grandes cosas, y no les aprovechará nada para la vida eterna; porque no pretendieron en ellas la honra y gloria que es sólo de Dios, sino el gozo vano de su voluntad.

340. El gozarse vanamente de las obras buenas, no puede ser sin estimarlas. Y de ahí nace la jactancia y lo demás que se dice del fariseo en el Evangelio.

341. ¡Oh almas criadas para tantas grandezas y para ellas llamadas! ¿qué hacéis, en qué os entretenéis? ¡Oh, miserable ceguera de los hijos de Adán! Pues en tanta luz están ciegos y a tan grandes voces sordos. Pues en tanto que buscan grandeza y gloria, se quedan miserables y bajos y de tantos bienes indignos.

Pobreza voluntaria

342. Si por alguna vía se sufre gozarse en las riquezas, es cuando se expenden y emplean en servicio de Dios: pues de otra manera no se hará de ellas provecho. Y lo mismo se ha de entender de los demás bienes temporales, de títulos, estados, oficios, etc.

343. Ha el espiritual de mirar mucho que no se le comience el corazón y el gozo a asir a las cosas temporales, temiendo que de poco vendrá a mucho, creciendo de grado en grado; pues de pequeño principio, en el fin es el daño grande; como una centella basta para quemar un monte.

344. Nunca se fíe por ser pequeño el asentimiento, si no le corta luego, pensando que adelante lo hará. Porque si cuando es tan poco, y al principio no tiene ánimo para acabarlo, cuando

sea mucho y muy arraigado ¿cómo piensa y presume que podrá?

345. El que lo poco evita, no caerá en lo mucho; mas en lo poco hay gran daño, pues está ya entrada la cerca y muralla del corazón. Y como dice el adagio: *El que comienza, la mitad tiene hecho.*

346. El gozo anubla el juicio como niebla, porque no puede haber gozo voluntario de criatura sin propiedad voluntaria; y la negación y purgación de tal gozo, deja el juicio claro, como el aire los vapores cuando se deshacen.

Codicia

347. Aunque los bienes temporales de suyo necesariamente no hacen pecar, pero porque ordinariamente con flaqueza de afición se ase el corazón del hombre a ellos, y falta a Dios, lo cual es pecado, por eso dice el Sabio que el rico no estará libre de pecado.

348. No ocupan al alma las cosas de este mundo ni la dañan, pues no entran en ella; sino la voluntad y apetito de ellas, que moran en ella.

349. Es vana cosa desear tener hijos, como hacen algunos que hunden y alborotan el mundo

con el deseo de ellos, pues no saben si serán buenos y servirán a Dios, y si el contento que de ellos esperan, será dolor, trabajo y desconsuelo.

Pobreza de espíritu

350. Viva como si no hubiese en el mundo más que Dios y ella, para que no pueda su corazón ser detenido por cosa humana.

351. Si quieres venir al santo recogimiento, no has de venir admitiendo, sino negando.

352. Traiga interior desasimiento de todas las cosas, ni ponga el gusto en alguna temporalidad; y recogerá su alma a los bienes que no sabe.

353. Los bienes inmensos de Dios no caben sino en corazón vacío y solitario.

354. Cuanto estuviere de su parte no niegue cosa que tenga, aunque la haya menester.

355. Reine en tu alma siempre un estudio de inclinarte no a lo fácil, sino a lo más dificultoso; no a lo más gustoso, sino a lo más desabrido; no a lo más alto y precioso, sino a lo más bajo y despreciable; no a lo más, sino a lo que es menos; no a lo que es querer algo, sino a no querer nada; no a andar buscando lo mejor de las cosas, sino

lo peor, deseando entrar por el amor de Jesucristo en la desnudez, vacío y pobreza de cuanto hay en el mundo.

356. No sentirás más necesidades que a las que quisieres sujetar el corazón, porque el pobre espíritu en las menguas está más contento y alegre; y el que ha puesto su corazón en la nada, en todo halla anchura.

357. Los pobres de espíritu con gran largueza dan todo cuanto tienen, y su gusto es saber quedarse sin ello por Dios y por la caridad del prójimo, regulándolo todo con las leyes de esta virtud.

358. La pobreza de espíritu sólo mira a la substancia de la devoción, y aprovechándose sólo de aquello que basta para ella, se cansa de la multiplicidad y curiosidad de instrumentos visibles.

359. Al ánimo abstraído de lo exterior, desnudo de la propiedad y posesión de cosas divinas, ni las cosas prósperas le detienen ni le sujetan las adversas.

360. Al pobre que está desnudo le vestirán; y al alma que se desnuda de los apetitos y quererres y no quererres, la vestirá Dios de su pureza, gusto y voluntad.

361. Si del ejercicio de negación hay falta, que es el total y la raíz de las virtudes, todas esotras maneras es andar por las ramas y no aprovechar, aunque tengan muy altas consideraciones y comunicaciones.

362. No sólo los bienes temporales y gustos y deleites corporales impiden y contradicen el camino de Dios; mas también los consuelos y deleites espirituales, si se tienen o buscan con propiedad, estorban el camino de las virtudes.

363. El alma que otra cosa no pretendiere sino guardar perfectamente la Ley del Señor y llevar la Cruz de Cristo, será arca verdadera que tendrá en sí el verdadero maná, que es Dios.

364. Es nuestra vana codicia de tal suerte y condición, que en todas las cosas quiere hacer asiento. Y es como la carcoma que roe lo sano, y en las cosas buenas y malas hace su oficio.

365. Prontitud en la obediencia, gozo en el padecer, mortificar la vista, no querer saber nada, silencio y esperanza.

Aspiración a Dios

Amado mío, todo para ti y nada para mí; nada

para ti y todo para mí. Todo lo áspero y trabajoso quiero para mí y nada para ti.

¡Oh, cuán dulce será a mí la presencia tuya, que eres sumo bien! Allegarme he yo con silencio a ti y descubrirte he los pies,,porque tengas por bien de me ajuntar contigo en matrimonio a mí, y no holgaré hasta que me goce en tus brazos; y ahora te ruego, Señor, que no me dejes en ningún tiempo en mi recogimiento, porque soy desperdiciador de mi alma.

Otros avisos

1. Cuanto más te apartas de las cosas terrenas, tanto más te acercas a las celestiales, y más hallas en Dios.

2. Quien supiere morir a todo, tendrá vida en todo.

3. Apártate del mal, obra el bien y busca la paz.

4. Quien se queja o murmura no es perfecto ni aun buen cristiano.

5. Humilde es el que se esconde en su propia nada y se sabe dejar a Dios.

6. Manso es el que sabe sufrir al prójimo y sufrirse a sí mismo.

7. Si quieres ser perfecto, vende tu voluntad y dala a los pobres de espíritu y ven a Cristo por mansedumbre y humildad, y síguele hasta el calvario y sepulcro.

8. Quien de sí propio se fía, peor es que el demonio.

9. Quien a su prójimo no ama, a Dios aborrece.

10. Quien obra con tibieza, cerca está de la caída.

11. Quien huye de la oración, huye de todo lo bueno.

12. Mejor es vencerse en la lengua, que ayunar a pan y agua.

13. Mejor es sufrir por Dios, que hacer milagros.

14. ¡Oh, qué bienes serán aquellos que gozaremos con la vista de la Santísima Trinidad!

Doce estrellas para llegar a la suma perfección

15. Amor de Dios, amor del prójimo, obediencia, castidad, pobreza, asistir al coro, penitencia, humildad, mortificación oración, silencio, paz.

Oración del alma enamorada

¡Señor Dios, amado mío! si todavía te acuerdas de mis pecados para no hacer lo que te ando pidiendo, haz en ellos Dios mío, tu voluntad, que es lo que yo más quiero; y ejercita tu bondad y misericordia y serás reconocido en ellos; y si es que esperas a mis obras, para por ese medio concederme mi ruego, dámelas tú y óbramelas, y las penas que tú quisieres aceptar, y hágase. Y si a las obras mías no esperas, ¿qué esperas, clementísimo Señor mío?; ¿por qué te tardas? Porque, si en fin, ha de ser gracia y misericordia la que en tu Hijo te pido, toma mi cornadillo, pues le quieres, y dame este bien, pues que tú también lo quieres.

¿Quién se podrá librar de los modos y términos bajos, si no le levantas tú a ti en pureza de amor, Dios mío?

¿Cómo se levantará a si el hombre engendrado y criado en bajezas, si no le levantas tú, Señor, con la mano que le hiciste?

No me quitarás, Dios mío, lo que una vez me diste en tu único hijo Jesucristo, en que me diste todo lo que quiero; por eso me holgaré, que no te tardarás, si yo espero.

¿Con qué dilaciones esperas, pues desde luego puedes amar a Dios en tu corazón?

Míos son los cielos y mía es la tierra: mías son las gentes, los justos son míos y míos los pecadores; los ángeles son míos y la Madre de Dios y todas las cosas son mías; y el mismo Dios es mío y para mí; porque Cristo es mío y todo para mí. ¿Pues qué pides y buscas, alma mía? Tuyo es todo esto, y todo es para ti.

No te pongas en menos ni repares en miajas que se caen de la mesa de tu Padre; sal fuera y gloriáte en tu gloria; escóndete en ella y goza, y alcanzarás las peticiones de tu corazón.

Oración a la Santísima Virgen

Santísima María, Virgen de Vírgenes, Sagrario de la Santísima Trinidad, Espejo de los Angeles, Refugio seguro de los pecadores, apiádate de nuestros trabajos, recibe con clemencia nuestros suspiros y aplaca la ira de tu Hijo santísimo.

Dictámenes de espíritu

1. Retrato del Santo

En virtud del precepto que se me ha intimado, dice el Venerable Padre Fray Eliseo de los Mártires, digo y declaro lo siguiente: Conocí al Padre Fray Juan de la Cruz, y le traté, y le comuniqué muchas y diversas veces.

Fue hombre de mediano cuerpo, de rostro grave y venerable, algo moreno y de buena fisonomía; su trato y conversación apacible; muy espiritual y provechoso para los que le oían y comunicaban. Y en esto fue tan singular y prolífico, que los que le trataban, hombres o mujeres, salían espiritualizados, devotos y aficionados a la virtud.

Supo y sintió altamente de la oración y trato con Dios, y a todas las dudas que le proponían acerca de estos puntos, respondía con alteza de

sabiduría, dejando a los que le consultaban muy satisfechos y aprovechados.

Fue amigo de recogimiento y de hablar poco; su risa, poca y muy compuesta.

Cuando reprendía como Superior (que lo fue muchas veces), era con dulce severidad, exhortando con amor paternal, y todo con admirable serenidad y gravedad.

2. Los Superiores

Fue enemigo de que los Superiores de religiosos, y más reformados, mandasen con imperio; y así repetía *Que en ninguna cosa muestra uno ser indigno de mandar, como mandar con imperio; antes han de procurar que los súbditos nunca salgan de su presencia tristes.*

Nunca hablaba con artificio ni doblez (de que era inimicísimo) porque decía él:

3. Los artificios

Que los artificios violaban la sinceridad y limpieza de la Orden, y eran los que mucho la dañaban enseñando prudencias humanas con que las almas enferman.

4. La ambición en los buenos

Decía del vicio de la ambición que en gente reformada es casi incurable, por ser el vicio más envicionero de todos; porque colorean y matizan su gobierno y proceder con apariencias de virtud y de mayor perfección, con que la guerra se hace más cruda y la enfermedad espiritual más incurable.

Y decía de este vicio ser tan poderoso y pestilente, que hace a los que posee tales pecadores, que de sus vidas y enredos vienen a hacer el demonio una argamasa que pone en confusión a los confesores, aunque sean muy sabios, porque pican en todos los vicios (*De hoc redit sermo* 15, 16, 17, 18 y 19).

Tenía constante perseverancia en la oración y presencia de Dios: y en los actos y movimientos anagógicos y jaculatorias oraciones.

5. El religioso y el pecado

Decía que la vida de un religioso era toda un sermón (o había de serlo) doctrinal, que tuviese por tema estas palabras, repetidas algunas veces al día: *Antes morir y reventar, que pecar.*

Que dichas de voluntad limpian y edifican el alma, y la hacen crecer en amor de Dios, y dolor de haberle ofendido y propósito firme de no ofenderle más.

6. Modos de vencer las tentaciones

Decía que hay dos maneras de resistir vicios y adquirir virtudes. La una es común y menos perfecta, y es cuando vos queréis resistir a algún vicio, pecado o tentación por medio de los actos de la virtud que contrasta y destruye el tal vicio, pecado o tentación. Como si al vicio o tentación de la impaciencia o del espíritu de venganza que siento en mi alma por algún daño que recibí, o palabras injuriosas, entonces resisto con algunas buenas consideraciones, como de la Pasión del Señor, que siendo maltratado no abrió su boca (*qui cum male tractaretur, non aperuit os suum*); o considerando los bienes que se adquieren del sufrimiento y de vencerse el hombre a sí mismo; o pensando que Dios mandó que sufriésemos, por ser estas nuestras mejoras, etc. Por las cuales consideraciones me muevo a sufrir y querer y aceptar la dicha injuria, afrenta o daño, y esto a honra y gloria de Dios.

Esta manera de resistir y contrastar la tal tentación, vicio o pecado, engendra la virtud de la paciencia, y es buen modo de resistir, aunque dificultoso y menos perfecto.

Hay otra manera de vencer vicios y tentaciones y adquirir y ganar virtudes, más fácil y más provechosa y perfecta, que es, cuando el alma, por solos los actos y movimientos anagógicos y amorosos, sin otros ejercicios extraños, resiste y destruye todas las tentaciones de nuestro adversario, y alcanza las virtudes en grado perfectísimo.

Lo cual decía ser posible, en esta manera: Cuando sintiéremos el primer movimiento o acometimiento de algún vicio como de lujuria, ira, impaciencia o espíritu de venganza por agravio recibido, etcétera, no le habemos de resistir con acto de la virtud contraria, como se ha referido, sino que luego en sintiéndole acudamos con un acto o movimiento de amor anagógico contra el tal vicio, levantando nuestro afecto a la unión de Dios; porque con el tal levantamiento, como el alma se ausenta de allí y se presenta a su Dios y se junta con El, queda el vicio o tentación y el enemigo defraudado de su intento, y no halla a quien herir; porque el alma, como está más donde ama que donde anima, divinamente hurtó

el cuerpo a la tentación, y no halló el enemigo donde hacer golpes ni presa, porque el alma ya no está allí donde la tentación o enemigo la quería herir y lstimar. Y entonces (¡cosa maravillosa!), el alma, como olvidada del movimiento vicioso y junta y unida con su Amado, ningún movimiento siente del tal vicio con que el demonio quería tentarla, y lo procuró: lo uno, porque hurtó el cuerpo, como está dicho, y no está allí, y, si así puede decirse, es casi como tentar un cuerpo muerto, pelear con lo que no es, con lo que no está, con lo que no siente ni es capaz, por entonces, de ser tentado.

Y de esta manera se engendra en el alma una virtud heroica y admirable, que el Angélico Doctor Santo Tomás llama virtud de alma perfectamente purgada. La cual virtud, dice el Santo, viene a tener el alma cuando la trae Dios a tal estado, que no siente los movimientos de los vicios, ni sus asaltos, ni acometimientos o tentaciones, por la alteza de la virtud, que en tal alma mora.

Y de aquí le nace y viene una perfección altísima que no se le da nada que la injurien, o que la alaben o ensalcen, o que la humillen, o que digan mal de ella ni bien. Porque como los tales

movimientos anagógicos y amorosos lleven al alma a tan alto y sublime estado, el más propio efecto de ellos en la dicha alma, es, que la hacen olvidar todas las cosas que son fuera de su Amado, que es Jesucristo. Y de aquí le viene, como queda dicho, que estando el alma junta con su Dios y entretenida con El, no hallan las tentaciones a quien herir, porque no pueden subir a donde el alma se subió o la subió Dios: «No puede llegar a Ti el mal».

Aquí dijo el Venerable Padre Fray Juan de la Cruz que se le advierta a los nuevos —cuyos actos amorosos o anagógicos no son tan prestos ni ligeros, ni tan fervorosos que puedan con su alto ausentarse de allí del todo, y unirse con el Esposo— y que si por el tal acto y movimiento anagógico vieren que no se olvida del todo el movimiento vicioso de la tentación, no dejen de aprovecharse para su resistencia de todas las armas y consideraciones que pudieren, hasta que del todo venzan la tentación. Y su manera de resistir y vencer ha de ser ésta: Que primero resistan con los más fervorosos movimientos anagógicos que pudieren, y los obren y ejerciten muchas veces; y cuando con ellos no bastare —porque la tentación es fuerte y ellos flacos—

aprovéchense entonces de todas las armas de buenas meditaciones y ejercicios que para tal resistencia y victoria vieren ser necesarios.

Y que crean que este modo de resistir es excelente y cierto; porque incluye en sí todos los ardidés de guerra necesarios e importantes.

7. Fuerza de una súplica

Y decía que las palabras del Salmo 118: «Acuérdate de la promesa que hiciste a tu siervo, con que me diste esperanza», son tan poderosas y eficaces, que con ellas se acaba con Dios cualquiera cosa.

8. Una frase del Evangelio

Y diciendo con devoción las palabras del Santo Evangelio: «¿No sabíais que yo debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi Padre?», aseguraba que se reviste el alma de un deseo de hacer la voluntad de Dios a imitación de Cristo Señor Nuestro, con ardentísimo deseo de padecer por su amor y del bien de las almas.

9. Eficacia del «Sanctus Deus»

Y que queriendo la Majestad divina por medio de una crudelísima tempestad destruir y acabar la Ciudad de Constantinopla, oyeron a los Angeles repetir tres veces estas palabras: «Santo Dios, Santo Fuerte, Dios Inmortal, apiádate de nosotros». Con las cuales súplicas luego se aplacó Dios, y cesó la tempestad, que había hecho mucho daño y le amenazaba mayor.

Y así decía, que son estas palabras poderosas para con Dios en necesidades particulares de fuego, agua, vientos, tempestades, guerras y otras de alma y cuerpo, honra, hacienda, etc.

10. Fruto y obligación de la vida contemplativa y del bien del prójimo

Decía asimismo que el amor del bien de los prójimos nace de la vida espiritual y contemplativa, y que como ésta se nos encarga por Regla, es visto encargarnos y mandarnos este bien y celo del aprovechamiento de nuestros prójimos. Porque quiso la Regla hacer observantes de vida mixta y compuesta por incluir en sí y abrazar las dos, activa y contemplativa. La cual escogió el

Señor para sí por ser más perfecta. Y los modos de vida y estados de religiosos que las abrazan, son los más perfectos de suyo. Salvo que entonces cuando decía y enseñaba esto, no convenía publicarlo por los pocos religiosos que había, y porque no se inquietasen; antes convenía insinuar lo contrario hasta que hubiese gran número de frailes.

11. El apostolado y conversión de las almas

Y declarando las palabras de Cristo Señor Nuestro ya referidas: «¿No sabíais que en las cosas de mi Padre debo yo estar»?., dijo: que lo que es del Padre eterno aquí, no se ha de entender otra cosa que la redención del mundo, el bien de las almas, poniendo Cristo Señor Nuestro los medios preordenados del Padre Eterno.

Y que San Dionisio Areopagita, en confirmación de esta verdad, había escrito aquella maravillosa sentencia que dice: *Omnium Divino-rum Divinissimum est cooperari Deo in saluten animarum*. Esto es, que la suprema perfección de cualesquiera sujetos en su jerarquía y en su grado, es subir y crecer, según su talento y caudal, a la imitación de Dios, y lo que es más

admirable y divino ser cooperador suyo en la conversión y reducción de las almas. Porque en esto resplandecen las obras propias de Dios, en que es grandísima gloria imitarle.

Y por eso las llamó Cristo Señor Nuestro obras de su Padre. Y es evidente verdad que la compasión de los prójimos tanto más crece, cuanto más el alma se junta con Dios por amor. Porque cuanto más ama, tanto más desea que ese mismo Dios sea de todos amado y honrado. Y cuanto más lo desea, tanto más trabaja por ello, así en la oración como en todos los otros ejercicios necesarios y a él posibles.

Y es tanto el fervor y fuerza de su caridad, que los tales poseídos de Dios no se pueden estrechar ni contentar con su propia y sola ganancia; antes pareciéndoles poco el ir solos al Cielo, procuran con ansias, y celestiales afectos y diligencias exquisitas llevar muchos al cielo consigo. Lo cual nace del grande amor que tienen a su Dios; y es propio fruto y efecto éste de la perfecta oración y contemplación.

Modos de unirse a Dios

Decía que dos cosas sirven al alma de alas

para subir a la unión con Dios, que son: la compasión afectiva de la muerte de Cristo, y la de los prójimos; y que cuando el alma estuviere detenida en la compasión de la Cruz y Pasión del Señor, se acordase que en ella estuvo sólo obrando nuestra redención, según está escrito: *Torcular calcavi solus*. De donde sacará y se le ofrecerán provechosísimas consideraciones y pensamientos.

13. El religioso en público

Y tratando de la Soledad en cierta plática que hizo en el convento de Amodóvar del Campo, refirió las palabras del Papa Pío II, de buena memoria, el cual decía que el fraile andariego era peor que demonio. Y que los religiosos, si visitasen, fuesen casas honradas, donde se habla con recato y compostura.

14. La paciencia y el apostolado

Y declarando las palabras de San Pablo: «Os he dado claras señales de mi apostolado con manifestar una paciencia a toda prueba, con milagros, con prodigios y efectos sobrenatura-

les», donde reparaba anteponer el Apóstol la paciencia a los milagros.

De modo que la paciencia es más cierta señal del varón apostólico que el resucitar muertos.

En la cual virtud certifico yo haber sido el Padre Fray Juan de la Cruz varón apostólico, por haber sufrido con singular paciencia y tolerancia los trabajos que se le ofrecieron, que fueron muy sensibles, y que a los cedros del monte Líbano derribaran.

15. Los confesores de mujeres

Y tratando de los confesores de mujeres, como experimentado, decía, que fuesen algo secos con ellas; porque blanduras con mujeres no sirven más que de trocar la afición y salir desaprovechadas.

Y que a él le castigó Dios por esto con ocultarle un gravísimo pecado de una mujer, la cual le había traído engañado mucho tiempo, y no fio de él el remedio por serle blando: aunque trazándolo así el Señor, lo descubrió por otro camino en nuestra misma Religión, de que yo tengo harta noticia.

16. La urbanidad necesaria en la religión y su pérdida

Díjome en cierta ocasión, que cuando viésemos en la Orden perdida la urbanidad, parte de la Policía Cristiana y Monástica, y que en lugar suyo entrase la agresividad y ferocidad en los Superiores —que es propio vicio de bárbaros— la llorásemos como perdida. Porque, ¿quién jamás ha visto que las virtudes y cosas de Dios se persuadan a palos y con bronquedad? Trajo para esto lo de Ezequiel, capítulo 34: «Dominábais sobre ellos con asperezas y con prepotencia.»

17. La dureza en el trato no cría grandes religiosos

Y que cuando crían a los religiosos con estos rigores tan irracionales, vienen a quedar pusilánimes para emprender cosas grandes de virtud, como si se hubieran criado entre fieras, según lo significó Santo Tomás en el opúsculo 20 de *Regimine principum*, capítulo III, diciendo: «Y es natural que los hombres criados en temor tengan ánimo apocado y sean pusilánimes para toda obra grande y esforzada». Y traía lo de San Pa-

blo: «Padres, no irritéis a vuestros hijos con excesiva severidad, para que no se hagan pusilánimes y apocados».

18. La dureza, traza del demonio para perder la Orden

Y decía que se podía temer ser traza del demonio el criar los religiosos de esta manera, porque criados con este temor no tengan los Superiores quien los ose avisar ni contradecir cuando erraren.

Y si por este camino, o por otro, llegare la Orden a tal estado, que los que por las leyes de caridad y justicia —esto es, los graves de ella— en los Capítulos y Juntas, y en otras ocasiones no osaren decir lo que conviene por flaqueza, o pusilanimidad, o por miedo de no enojar al Superior, y por esto no salir con oficio —que es manifiesta ambición— tengan la Orden por perdida y del todo relajada.

19. Preferible a esto no entrar en la religión

Y tanto, que afirmaba el buen Padre Fray Juan de la Cruz, que tendría por mejor que no

profesasen en ella; porque la gobernará entonces el vicio de la ambición, y no la virtud de la caridad y justicia.

Y que se echará de ver claramente cuando en los capítulos nadie replica, sino que todo se concede y pasan por ello, atendiendo a sólo sacar cada uno su bocado.

Con lo cual gravemente padece el bien común y se cría el vicio de la ambición.

Que se había de denunciar sin corrección, por ser vicio pernicioso y opuesto al bien universal. Y siempre que decía estas cosas, era habiendo tenido grandes ratos de oración y coloquios con Nuestro Señor.

20. La prudencia en los Prelados

Decía que los Prelados habían de suplicar a menudo a Dios les diese prudencia religiosa para acertar en su gobierno y guiar las almas de su cuidado al cielo. Alababa mucho al Padre Fray Agustín de los Reyes de esta virtud, que la tenía con excelencia.

21. Distinción de la falsedad

Algunas veces le oí decir que no hay mentira tan afectada y compuesta, que si se repara en ella, por un camino o por otro, no se conozca que es mentira.

Ni hay demonio transfigurado en Angel de luz, que bien mirado no se eche de ver quién es.

Ni hay hipócrita tan artificioso y disimulado y fingido, que a pocas vueltas y miradas no le descubráis.

22. Como se ha de castigar

Con ocasión de un castigo severo que hizo un Superior, dijo una divina sentencia: «Que los Cristianos, y más Religiosos, siempre tienen cuenta de castigar los cuerpos de los delincuentes, de manera que no peligren las almas, no usando de extraordinarias crueldades, de que suelen usar los Tiranos, y los que se rigen por fiereza. Y que debían leer las palabras de Isaías, capítulo XLII, y a San Pablo, 2.^a ad Corinthios, capítulo XIII, los Prelados a menudo».

Esto es lo que por ahora me acuerdo. Si más me acordare, lo avisaré a N. P. General en cum-

plimiento de su precepto. Fecho en Méjico a 26
de marzo de 1618. Fray Eliseo de los Mártires.»

OTROS DICTAMENES DE ESPIRITU

23. Los trabajos y las perlas

Cuando el Santo se quedaba arrobado en el convento del Calvario, vuelto en sí decía: «Que los trabajos o penas abrazadas por Dios, eran como preciosas perlas, que cuanto mayores, son más preciosas y mayor amor causan en quien las recibe, para con quien se las da; así las penas dadas y recibidas de la criatura por Dios, cuanto mayores eran mejores, y mayor amor causaban para con él.

Y que por un momentáneo llevar de penas por Dios en el suelo, da su Majestad en el cielo inmensas y eternas buenas, que es a Sí mismo, su hermosura, su gloria; y en lugar de lo amargo de las penas, da aquel gusto que gusta los gozos de aquella eterna dulzura.» «Llora, decía, mi alma, porque no sabe de buenas, a causa de no saber de penas».

24. Hacer bien a quien nos perjudica

Dijo una religiosa un día delante del Santo una palabra de sentimiento contra un seglar, por un disfavor hecho al convento, y el Santo respondió: «Que entonces ella y las demás le habían de hacer más bien; que a questo era ser discípulas de Cristo; añadiendo ser más fácil abrazar en estas ocasiones aquel poco de amargura, que traen consigo, encomendándolos a Dios, que no la doblada amargura que se nos ha de seguir de cumplir nuestra voluntad con tales sentimientos contra el prójimo.»

25. Hacer bien a todos

Aconsejaba el varón de Dios a sus religiosos y a los seculares que trataba: «Que por donde quiera que fuesen hiciesen bien a todos, porque así pareciesen ser hijos de Dios; y que el que faltaba en esto hacía más agravio a sí que a sus prójimos».

26. Escondarse en Dios

Preguntándole una religiosa de mucha senci-

llez por qué cuando ella pasaba junto a la balsa de la huerta de las ranas se echaban al agua y se escondían en lo hondo de la balsa, respondióle: «Que aquel era el lugar y centro donde tenían seguridad para no ser ofendidas y conservarse, y que así había de hacer ella, huir las criaturas e irse y zambullirse al hondo y centro, que es Dios, escondiéndose en él».

27. No creer Doctrina de anchura ni aun confirmada con milagros

Hablando un día con el Padre Fray Juan de Santa Ana, revestido de nuevo espíritu y acciones vehementes, pocas veces vistas en él, le dijo: «Mire, mi Padre Fray Juan, si en algún tiempo le persuadiere alguno, aunque sea prelado, con alguna doctrina de anchura, por más que la confirme con milagros, no lo crea, ni la admita, sino abrace la penitencia y el desasimiento de todas las cosas, y no busque a Cristo fuera de la cruz; que a seguirle con ella en negación de todo y de nosotros mismos, nos ha llamado a los descalzos de la Virgen, y no a procurar nuestras comodidades y blanduras. Y mire que no se le olvide esto

de predicarlo donde se le ofreciere, como cosa que tanto nos importa.»

28. Estima del hábito humilde y el religioso aseglarado

Reprendiendo a un religioso, que llevaba una capilla más delgada que los demás, y dio por excusa, que la esencia de la santidad no consistía en el hábito, entre otras cosas, dijo estas admirables sentencias que: «Quien no estima el hábito humilde y grosero, no lo merecía; y que mostraba no haber limpiado su ánimo de los afectos seglares; y que era vana la religión de aquel que siendo religioso por obligación de conciencia, imitaba en lo exterior a los seglares».

29. El culto más agradable a Dios

En cierta ocasión, dijo acerca del culto que: «Más se agrada al Señor de que le sirvan con espíritu y verdad los profesores de la pobreza que con ostentación y gastos superfluos».

30. Por qué gustaba estar siempre ante el Santísimo

De noche su ordinaria estancia era delante el Santísimo Sacramento... y cuando le pedían fuese a tomar algún reposo, decía: «Déjenme, hijos, que aquí hallo mi gloria y descanso».

31. Cómo se arroba un alma

Preguntado una vez cómo se arrobaba un alma, respondió: «Que negando su voluntad y haciendo la de Dios: porque éxtasis no es otra cosa que un salir el alma de sí y arrebatarse en Dios; y esto hacía el que obedecía, que es salir de sí y de su propio querer, y aligerado, se anegaba en Dios».

32. Padecer por Cristo muy a solas

La Madre Ana de San José dice que el Santo exhortaba tanto a ella como a otras personas a quienes trataba a que fuesen muy aficionadas a padecer por Cristo muy a solas y sin consuelo de la tierra. Así, escribe, me decía muchas veces

«Hija, no quiera otra cosa sino cruz a secas, que es linda cosa».

33. Observancia de las cosas pequeñas

«Si un hombre rico fuese perdiendo cada día alguna cosa de su hacienda, aunque fuese de las de poco valor, se iría poco a poco haciendo pobre; y lo mismo sucedería en las cosas espirituales de la religión: que si se van dejando algunas por parecerles pequeñas y de poca importancia, presto vendría la religión a perder su perfección».

INDICE

A las almas fervorosas	3
Cautelas	7
Contra el mundo	8
Primera cautela con el mundo	8
Segunda cautela con el mundo	10
Tercera cautela con el mundo	10
Contra el demonio	12
Primera cautela contra el demonio	13
Segunda cautela contra el demonio	14
Tercera cautela contra el demonio	15
Contra la carne	16
Primera cautela contra la carne	16
Segunda cautela contra la carne	17
Tercera cautela contra la carne	17
Cuatro avisos a un religioso para alcanzar la perfección	18
Aviso primero	19
Aviso segundo	20

Aviso tercero	21
Aviso cuarto	23
Grados de perfección	25
Avisos y sentencias espirituales. — Prólogo	28
Imitación de Cristo	41
Virtudes teologales	43
Fe	43
Esperanza	47
Temor de Dios	49
Caridad	49
Paz	56
Amor del prójimo	58
Apetitos desordenados	60
Prudencia	65
Angeles	66
Maestro espiritual	68
Religión. — Oración	71
Necesidad de la oración	71
Frutos de la oración	72
Calidades de la oración	72
Motivos para la oración	74
Lugar para la oración	75
Impedimentos para la oración	76
Obediencia	79
Fortaleza. — Paciencia	80

Modestia	82
Silencio	83
Humildad	85
Vanidad	88
Pobreza voluntaria	89
Codicia	90
Pobreza de espíritu	91
Aspiración a Dios	93
Otros avisos	94
Doce estrellas para llegar a la suma perfec- ción	95
Oración del alma enamorada	96
Oración a la Santísima Virgen	97
Dictámenes de espíritu	98
1. Retrato del Santo	98
2. Los superiores	99
3. Los artificios	99
4. La ambición en los buenos	100
5. El religioso y el pecado	100
6. Modo de vencer las tentaciones	101
7. Fuerza de una súplica	105
8. Una frase del Evangelio	105
9. Eficacia del «Sanctus Deus»	106
10. Fruto y obligación de la vida	106
11. El apostolado y conversión de las al- mas	107

12. Modos de unirse a Dios	108
13. El religioso en público	109
14. La paciencia y el apostolado	109
15. Los confesores de mujeres	110
16. La urbanidad necesaria	111
17. La dureza en el trato	111
18. La dureza, traza del demonio	112
19. Preferible a esto no entrar en la reli- gión	112
20. La prudencia en los prelados	113
21. Distinción de la falsedad	114
22. Como se ha de castigar	114
Otros dictámenes de espíritu	116
23. Los trabajos y las perlas	116
24. Hacer bien a quien nos perjudica	117
25. Hacer bien a todos	117
26. Escondarse en Dios	117
27. No creer doctrina de anchura ni aun confirmada con milagros	118
28. Estima del hábito humilde	119
29. El culto más agradable a Dios	119
30. Por qué gustaba estar siempre ante el Santísimo	120
31. Cómo se arroba un alma	120
32. Padecer a Cristo	120
33. Observación de las cosas pequeñas ..	121